

y la cinta que llevaba en la frente. En otra parte se veneraba una tela, que según sus poseedores había sido bordada por María con la imagen de Cristo y de los doce apóstoles.

Esta floración repentina del culto mariano puede parecer a algunos como una innovación, y así la consideraron los protestantes, que creyeron ver un conflicto entre la Iglesia primitiva y la de esos siglos que siguen al concilio de Efeso, y más aún la de nuestros días. Es verdad que al principio no encontramos huellas del culto litúrgico a María; es verdad que los cristianos que pintaban la imagen de María en las catacumbas no celebraban aún fiestas marianas, pero esto no quiere decir que no tuviesen devoción a

la Virgen María, que no la invocasen, que no tuviesen una alta idea de su dignidad y de su poder. Un ejemplo puede ilustrarnos esta afirmación: nadie negará que la Iglesia creyó desde sus comienzos en el misterio de la Santísima Trinidad, cuyas raíces están en el Evangelio; nadie negará que este misterio era profesado y reverenciado desde que hubo cristianos en el mundo, y, sin embargo, la fiesta de la Santísima Trinidad es de institución reciente. Sería un absurdo afirmar que fueron los cristianos del siglo xiv los que inventaron e impusieron este misterio, porque hasta su tiempo no se introdujo la fiesta en el calendario romano.

